

Sociedad

Incultos y piadosos

Olivier Roy aborda la relación entre religión y cultura en *La santa ignorancia*

DOMINGO CABALLERO

Olivier Roy, viajero, antropólogo, historiador, conocedor profundo de culturas ajenas, nos reta en este trabajo a distinguir enérgicamente Religión y Cultura. La modernidad habría hecho posible esa cesura radical. Miles de almas piadosas, por todo el ancho mundo, estarían proclamando la necesidad de una religión autorreferente, incontaminada de la cultura, cultura que es droga, aborto, homosexualidad, evolucionismo, feminismo... diabólica cultura: «Yo bebía, me drogaba... hasta que encontré a Jesús, aléyua».

La tesis de Roy es que la secularización ilustrada no ha eliminado el hecho religioso; muy al contrario: al separar lo religioso del contexto cultural convierte lo religioso en religiosidad pura, al margen de la cultura mundanal. Y quizá el conglomerado religioso se convertiría en religión universal precisamente por estar libre de cualquier contaminación cultural.

Roy aporta datos contemporáneos que sorprenderán sobre todo a nuestros cristianos desinformados o analfabetos católicos: ¿se sabe que miles de musulmanes en Asia Central se están haciendo Testigos de Jehová? ¿y qué decir de esos 25 millones de evangelistas protestantes que se van desatando del catolicismo en Brasil?

El Pentecostismo es la religión que más crece en el mundo, ¿lo sabíais?, ¿sabíais que los miembros más ferocemente conservadores de la Iglesia Anglicana son nigerianos o kenyanos? Pareciera que, en efecto, la religión se ha independizado de las culturas.

Se ha dicho —nos recita Roy— que el que no conoce otras religiones ni su religión conoce. Pero ¿qué quiere decir «conocer su religión»? ¿acaso teologizar la propia vivencia religiosa? ¿o basta con sentir esa vivencia in-



Olivier Roy.



La santa ignorancia: el tiempo de la religión sin cultura

Olivier Roy.
Península 2011

temosamente? Nos dicen, sin embargo, que no se puede poseer una inteligencia racionalista y laica de unos hechos que son experiencia trascendente pura. De ser así, al racionalista (que puedo ser yo) se le condena toscamente a no abrir la boca. Menos mal que la inmensa mayoría de los humanos religiosos pueden considerarse tibios, practicantes rituales, pecadores y confesos repetitivos sin dramatismo. En ese océano de ritualización, en donde cultura y religión se

entrelazan (pensad en una boda «por la iglesia», rito flamante, ancestral cultura, tibieza religiosa casi gélida), unas veces flotan teólogos de cátedra y otras fundamentalistas desaforados.

Bienaventurados los tibios, porque ellos evitan que nos despedacemos. Y es que cualquier sociedad se construye sobre lo implícito, dejando margen para transgresiones más o menos violentas. Ese conflicto interno que es toda sociedad, máquina de contradicciones, siempre al borde de estallidos, no puede mantenerse sin piadosas dosis de hipocresía, de rigor y de tibieza, de miedo, de piedad, de mentira, y, en ocasiones de fuego y de sangre. Y todo eso es cultura. Y todo eso es religión.

Pero así como el amo constituye a la clase servil y el siervo a las clases posesivas, tal como nos enseñó Hegel, así rigor y tibieza religiosos se destruyen mutuamente y se alimentan el uno de la otra.

Por ejemplo: alcohol, droga, erotismo, cine, fútbol... (consultar a **Amadineyad**) constituirían la cultura nefanda de muchas comunidades. Pecaminosas impurezas, sí. Pero impurezas conocidas sobradamente por todos y practicadas en masa, formando parte de la cultura y de las biografías compungidas. Su enérgica negación supone un conocimiento desde dentro («Yo me drogaba...»). Pero además los argumentos para el anatema han sido extraídos de la propia cultura.

Simplemente, no hay Religión fuera de la Cultura, religión a la intemperie. Y no puede haber Cultura sin alguna suerte de contenidos numéricos, míticos, sea una sábana antigua o la momia de Lenin. «Religión sin Cultura» es un imposible, una inconsistencia sociológica.

En fin. Son tan ricas las sugerencias y los datos que Roy maneja, que acaba el lector apesadumbrado por hallarse lejos del eje argumental del autor.

Lo que hay

La realidad es

The Black Mirror, tres episodios que muestran la forma de ser clásico cuando se intenta resultar provocador



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Entre los buenos y más críticos aficionados jóvenes, parece ser que se habla y no se para de la serie televisiva **The Black Mirror** (¿«El espejo negro» o «La pantalla negra»?) con desbordado entusiasmo («Un retrato indispensable de nuestra sociedad», escribe **Juan García** en su «Blogoff», «Una barbaridad genial», **Alberto Rey** en «El Mundo») o con un sí es, no es, como **Alberto Nahum García** en la web «Diamantes en serie». Tres historias independientes o «autoconclusivas» (como tengo entendido que tiende a decirse), urdidas por **Charlie Brooker**, gran pope de la postmodernidad postmoderna del periodismo cultural británico, y ustedes perdonen la falta de precisión calificativa. De modo que no se trata de una trilogía (no hay unidad temática ni formal), sino de tres narraciones distintas y una sola conclusión verdadera: las pantallas ya son la realidad.

¿Qué debe hacerse si como rescate de una princesa secuestrada el criminal exige que se filme y emita al primer ministro copulando con una cerda (con un «mamífero artiodáctilo», no se trata de un sinónimo vulgar)? ¿Cómo reaccionar, en un mundo futuro pero muy próximo, si una amenaza de suicidio en público y en pantalla para exigir el cese del envejecimiento humano en las pantallas se recicla de inmediato por parte de los organizadores del «show» en una sustanciosa oferta de trabajo humanamente envejecedora al provocador? ¿Qué hacer si la conservación en un chip de todos nuestros momentos pasados para poder revisarlos o borrarlos solo o en compañía se convierte en una tortura insoportable por celos retrospectivos? He aquí, en forma de pregunta, los tres planteamientos de **The black mirror**: desarrollado el primero (el más flipante) a los pocos minutos del episodio; hacia la mitad el segundo, tras unos comienzos enigmáticos; y al final el tercero, cuando toda la trama ya ha crecido lo suficiente y se desborda. Confieso que, en general, la ciencia ficción (episodios 2º y 3º) me interesa muy poco en el arte, sea cual sea (defecto mío, qué le voy a hacer). Confieso que las provocaciones en el ar-

La brújula

EUGENIO FUENTES

Las señoritas de escasos medios

Muriel Spark

Traducción de Gabriela Bustelo

Impedimenta

182 páginas. 18,40 euros

El Londres de posguerra entre amor y carcajadas

Juventud, victoria, necesidades, reconstrucción y lances de amor son algunas líneas maestras de esta divertidísima radiografía del Londres de la primerísima posguerra mundial sobre la que volvemos a llamar la atención al año de su salida al mercado.

La escocesa **Muriel Spark** (1918-2006) es escritora de

pluma fina, jocosa y penetrante, como habrán podido comprobar los lectores de **La plenitud de la señorita Brodie** (Pre-Textos, 2010) o **Memento mori** (Plataforma, 2010). Lectores que también sabrán que unos cuantos enredos amorosos son el guante ideal para que la gran Spark calce en ellos sus intuiciones sobre la natura-



leza humana. Bienvenidos al club May of Teck, donde se da seguridad y amparo a «señoritas de escasos medios, con una edad inferior a los 30 años», que se ven obligadas a residir lejos de casa por tener que trabajar en Londres.

La península

Julien Gracq

Traducción de Julià de Jòdar

Nocturna

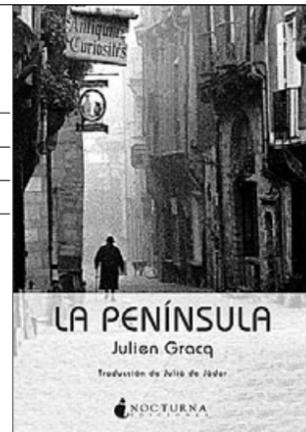
128 páginas. 14 euros

Escritura demorada para un viaje en la espera

Gracq (1910-2007) alcanzó gran notoriedad en 1951 al rechazar —lo había advertido— el «Goncourt» que le fue concedido por **Le rivage des Syrtes** (El mar de las Sirtes), una novela sobre la espera como también lo es **La península**.

En **Le rivage...** se tratará de la espera sin tiempo de un individuo confinado en un territo-

rio desértico, rasgo por el que se le acusó de plagiar al **Buzzati** de **El desierto de los tártaros**. En **La península**, que se inscribe en el adiós de Gracq a la narración y forma trilogía con **La route** (La carretera) y **El rey Cophetua** (Nocturna, 2011), se tratará de una espera marcada por el deseo de la amante que no llega.



Calmamente, demorado, con la relajante precisión que le caracteriza, **Gracq** invita al lector a un delicioso viaje por Bretaña que a ratos puede parecer un sueño y, a ratos, se aparenta a un diálogo en espejo con la leyenda de Tristán e Isolda.